

CONTEMPLACION-ORACION-CONOCIMIENTO-ACCION

El "hacer", al que el mundo moderno concede primacía, debe guardar la precedencia ... "quiérase o no"... del "conocer" y está jerarquizado por los mandamientos primero, de amar a Dios, y segundo, de amar al prójimo.

«Nos ocuparemos, de nuestro «actuar» (es decir, de los actos del hombre en sí mismo), de nuestro «hacer» (es decir, de las acciones que realizamos fuera de nosotros) (cf. S. Tomás, *Contra Gentes*, II, 1), de nuestro obrar, en fin, que es el aspecto de la vida en que se concentra principalmente el interés del hombre moderno, el cual tiende a considerar todo y a valorarlo todo en orden a la actividad; a la dinámica del ejercicio de sus facultades.

"El trabajo tiene en nuestro mundo una primacía que todos sabemos. Se ha convertido, incluso, en la base constitucional de la sociedad. Todo ser vivo, toda realidad debe estar en movimiento, orientada a producir, y es valorada según el potencial de sus fuerzas operativas; también la cultura está sometida a medidas cuantitativas, o, mejor, operativas; a la ciencia se la concibe en función de su aplicación práctica; la libertad es apreciada teniendo en cuenta la capacidad de actuar o de hacer y de gozar que consiente. El hombre moderno tiende a aplicar el acelerador en todos los aspectos de su existencia. El «obrar más» equivale para él a «ser más» y «tener más», y también a «gozar más»: es su ideal.

"Observamos con gran interés este fenómeno-príncipe de la vida moderna, que se presenta con los nombres de trabajo, de progreso, de desarrollo, de bienestar, de civilización, porque es fenómeno humano. Podemos decir con el antiguo Terencio: «homo sum, humani nihil a me alienum puto»; nada que sea humano lo considero extraño a mí mismo. Además, nosotros, los cristianos, apreciamos esta intensidad operativa que caracteriza nuestro tiempo también por razones propias que confieren a la actividad del hombre una importancia decisiva en el orden de la perfección humana

"sobre nuestras obras seremos juzgados en la balanza por la eterna verdad ...

"Así, pues, el obrar ocupa la primacía entre los valores que cualifican la vida, dejando a veces prácticamente en la sombra incluso la precedencia del conocer y la excelencia del ser, de donde, sin embargo, quiérase o no, depende el obrar («nil cupitum quin praecognitum, y operari sequitur esse», dicen los maestros); el problema número uno se concentra sobre el contenido del obrar, o, lo que es igual, sobre qué debemos hacer y sobre el porqué de nuestra actividad, sobre el objeto y sobre la intención. ...

"

"... ¿Puede resumirse en un ideal que dé sentido al programa general de nuestro obrar?

"Querriamos que todos supieran descubrir la altura y la simplicidad maravillosa de la lección evangélica a este respecto. La conocemos todos, pero volvamos a leerla juntos.»

«Y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? El le dijo: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (y el evangelista San Marcos añade: «y con todas tus fuerzas», Mc., 12, 30). Esto es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas (Mt., 33, 35-40).»

"

«El Evangelio nos lleva después a la cumbre, y sintetiza todo en un doble deber, lo incluye todo «in nuce», y lo jerarquiza: el objeto supremo es el amor, y es también el fin por el que debemos cumplir los deberes subordinados. «La plenitud de la Ley es el amor» (Rom., 13, 10).

"

"Y a este primer amor —que es religioso, como veis, y no puede ser de otro modo —va unido el segundo, el amor al prójimo, ya como escala para subir al amor de Dios (cf. I Jn., 4, 20; San Agustín, Tract. in Jn., 17, 8) ya como motivo para aplicar la actividad propia en servicio y beneficio del prójimo (cf. Rom., 13, 8-10; I Tim., 1, 5).

"Si nosotros, nosotros los cristianos, hubiéramos comprendido este Evangelio del amor, su ley, su necesidad, su fecundidad, su actualidad, no nos dejaríamos sorprender por la duda de que el cristianismo, nuestra fe (Gál., 5, 6) fuera incapaz de resolver en el ámbito de la justicia y de la paz las cuestiones sociales, sin tener que buscar esta capacidad en el materialismo económico, en el odio de clases y en la lucha civil, con el peligro de abogar nuestra profe-

"sion cristiana en las ideologias de quien la combate, y dar a las
"cuestiones humanas soluciones amargas, ilusorias, y quizá también,
"a la postre, antisociales y antihumanas. Torna a la memoria y al
"corazón el himno de San Pablo a la caridad: «Si, hablando lenguas
"de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que
"sueno o címbalo que retiñe... La caridad es longánime, es benigna;
"no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, etc. La caridad ja-
"más decae...» (I Cor., 13).

"La caridad, he ahí la síntesis de nuestra vida moral. Pensémoslo.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 20 de septiembre de 1972 (Ecclesia
núm. 1.612 del 7 de octubre).

**Primacia de las fuerzas espirituales de la gracia y la imitación
a Cristo, sobre el progreso y los bienes materiales. El recto
empleo de la riqueza.**

"El pensamiento es conducido en esta ocasión de una manera su-
"gestiva, convincente y espontánea a la historia evangélica, encuadra-
"da en la humilde escena de Nazaret, donde el Hijo de Dios vivía
"sumiso, creciendo en sabiduría, edad y gracia (Luc., 2, 51); el pen-
"samiento se encaminaba a la condición social, en la cual Cristo quiso
"ser ciudadano de la tierra y hermano nuestro, en abierto contraste
"con la mentalidad actual, con nuestras pretensiones insatisfechas,
"con la humana voluntad de poderío.

"En un momento en que las riquezas económicas del mundo cre-
"cen inmensamente, nosotros, Iglesia, ¡volvemos a ser más fielmente
"discípulos de la pobreza de Cristo! No ciertamente para reprochar
"al mundo su progreso, sino con una doble finalidad: por encima de
"todo, para recordarnos a nosotros mismos que es únicamente en las
"fuerzas espirituales, en la gracia, en la imitación de Cristo, donde
"debemos depositar nuestra confianza, según el aviso del Evangelio:
"Guardaos de toda ambición, porque en medio de la abundancia, la
"vida de un hombre no queda asegurada por sus bienes» (Luc., 12,
"15); en segundo lugar, para emplearnos en el recto uso de la ri-
"queza, que debe ser destinada para el alimento de los pobres, para
"la mejor distribución de los bienes temporales, para el servicio del
"hombre: lo que quiere decir, en suma, según la afortunada expre-
"sión de nuestro predecesor Juan XXIII: «Disposición permanente

"para dar los unos a los otros lo mejor de sí mismos» (Pacem in terris, A. A. S., 55, 1963, pág. 266).»

PAULO VI: En la concelebración con los nuevos cardenales (texto en *L'Observatore Romano*, 2-3 de mayo de 1969; texto en castellano: *Ecclesia*, núm. 1.439, sábado 10 de mayo de 1969).

Acción y contemplación, en la educación cristiana del hombre.

«La educación cristiana tiende a formar espíritus fuertes y dinámicos. No se admite la pereza, no se admite el ocio en la escuela de Cristo. Recordad, por ejemplo, las parábolas del Evangelio: la parábola de la semilla, la de los talentos, la de los operarios desocupados: «¿Por qué estáis ociosos durante todo el día?», les dice Cristo, en nombre del dueño de la viña (Mat., 20, 6). El tiempo de esta vida está siempre relacionado por el Señor con el deseo de una continua actividad (cfr. Juan, 9, 4; 5, 17; 11, 9). Alguno, quizá, con deseos de objetar, dirá: ¿no ha llamado el Señor la atención a Marta, toda ajetada, y ha preferido a María, que a sus pies escuchaba en silencio? (Luc., 10, 41), es decir, como es sabido, acaso en los comentarios tradicionales de esta escena evangélica ¿no se ha personificado en Marta la vida activa y en María la vida contemplativa, asignando a esta última el puesto primero e intangible?»

"Sea como quiera, pero la vida contemplativa no es abdicación de la voluntad; mejor dicho, justamente por el interés que requiere, es extremadamente voluntaria, más que cualquier otra condición de vida. La vida contemplativa, en medio de la sociedad moderna, toda febril y toda orientada a objetivos ajenos a la interioridad humana, tiene también necesidad de ser amaestrada y sostenida, y no es quietismo, es decir, desinterés y pasividad moral, apatía espiritual y renuncia al empleo de la propia voluntad (cfr. condena del quietismo en la bula «Caelestis Pastor», de 1687, del Beato Papa Inocencio XI, Denz Sch. 2195, ss. 2181, ss.), es actividad difícil y amorosa no inclinada a la acción práctica, sino concentrada en las facultades superiores del espíritu; es carisma particular; es función providencial en la economía comunitaria del cuerpo eclesial y también de la sociedad profana.

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 23 de agosto de 1972 (*L'Observatore Romano* de 24 de agosto de 1972; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.608 del 9 de septiembre).

Los tres momentos de la buena voluntad: recta intención, voluntad hacia el bien y decisión enérgica del amor.

«Y deseamos recordar los tres momentos de la buena voluntad que nos parece distinguir repasando todavía las páginas de oro de Santo Tomás de Aquino sobre la naturaleza del acto voluntario: el primer momento se refiere a la intención; para obrar bien es necesario, en primer lugar, encender en el espíritu la recta intención, la que despierta la voluntad y la dirige a la cosa deseada porque es buena, por razón del bien que representa, y esta rectitud sobrepasa y se dirige veloz hacia el Bien por sí mismo, hacia el fin último que jerarquiza bajo sí todo bien honesto (cfr. I-II, 9, 1).

Después viene el momento de la elección, de la decisión, del amor, cuando el alma se mueve ya con libertad y energía, con capacidad de hacer grandes renunciaciones para realizar grandes conquistas (ibid., 13). Y, finalmente, el tercer momento, el momento de la ejecución, el de la orden, el de la actividad práctica (ibid., 16), con todas las virtudes que reclama para sí, las virtudes así llamadas cardinales porque bajo ellas se clasifican y se organizan los actos humanos orientados al bien.

Hablando de esta forma debemos darnos cuenta de que hemos omitido en este brevísimo cuadro un factor operativo de importancia trascendente e indispensable: ¡la gracia divina! La gracia divina, que infunde en nosotros la capacidad misma «de querer y de realizar justamente en orden a la buena voluntad (cfr. Phil., 2, 13); maravilla y misterio de la vida cristiana.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 23 de agosto de 1972 «L'Observatore Romano del 24 de agosto de 1972; original italiano; traducción de Ecclesia núm. 1.608 del 9 de septiembre).

¿Qué es el amor?

«(¿Sabemos de veras que es el amor?) ¿No se halla esta palabra entre aquellas que más se usan, y, por tanto, entre las más difíciles de definir, y entre aquellas polivalentes en los significados que se le atribuyen? ¿No se halla entre las más equívocas, incluso entre las más sublimadas y las más degradadas? ¿No se aplica a actitudes de nuestro espíritu contrarias entre sí? En sentido vertical: ¿No se encuentra referida a las ascensiones hacia Dios, que es amor, y hacia

"el cual está dirigida esencialmente nuestra vocación natural y sobre-
"natural (Síntesis de San Agustín: «Tú, oh Dios, nos has hecho para
"ti; y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti», Con-
"fesiones, 1, 1); y referida también a los descensos más vulgares y
"degradantes de la animalidad sensual e incluso innatural, como un
"fatal peso de gravedad, que arrastra acaso hacia el fondo, más aba-
"jo de los niveles de toda decencia y de toda honesta felicidad? Y
"en sentido horizontal, es decir, interpersonal, ¿no puede el amor
"significar, de vez en cuando, la más generosa entrega, o el ansia
"más egoísta, o también las dos cosas a la vez? No será fácil poder
"dar un significado unívoco a la antigua palabra «amor» que oscila
"entre «eros» y «ágape» (caridad), entre una simpatía instintiva y
"pasional, y una aspiración al bien, a la felicidad, a la vida.

"... ante todo, deberemos tener ideas claras. El amor verdadero
"es el acto consciente y voluntario hacia el bien. La naturaleza nos
"ayuda a dirigirnos rumbo al bien; la inclinación, amor instintivo
"y sensitivo, se hace acto de voluntad, se convierte en amor verdadero;
"se trata entonces de una operación doble: la elección y la fuerza.
"Debemos escoger («in ordine intentionis») el sumo Bien, aquel
"que solo y en verdad es proporcionado a la insaciable amplitud de
"nuestro poder de desear y de amar; y luego, debemos hacer que
"converjan todas nuestras fuerzas espirituales y sentimentales hacia
"el Bien supremo que es Dios. Y de la ejecución de este primerísimo
"deber —el esfuerzo compuesto de inteligencia y de voluntad, que
"fija en Dios. El mismo Amor supremo, nuestra gravitación moral,
"más aún, obtiene de El nuestra energía operativa— deriva la capa-
"cidad de cumplir cualquier otro deber («ordo executionis») que se
"planifica a base de aquel primero y de él recibe su rectitud, su dig-
"nidad, su forma de trato de la creatura con el Creador, del Hijo con
"el padre.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 20 de septiembre de 1972 (Ecclesia
núm. 1.612 del 7 de octubre).

**Riesgo de la excesiva actividad con menoscabo de la vida inter-
rior, oración, espíritu de pobreza y de sacrificio.**

«Frente a los riesgos de la excesiva actividad y a la influencia de
"la secularización, a que hoy más que nunca están expuestas las co-
"munidades religiosas, actuad de suerte que siempre ocupen el pri-
"mer puesto en vuestra existencia el cuidado de la vida interior, la

"oración, el espíritu de pobreza, el amor al sacrificio y a la cruz. Si
"el deseado «aggiornamento» no condujese nuevamente el dinamismo
"apostólico a un más íntimo contacto con Dios, sino que llevase a
"ceder a la mentalidad mundana, a secundar modas y actitudes efí-
"meras y mudables, a mimetizarse con el mundo en sus formas y sin
"discernimiento, entonces habría llegado el momento de reflexionar
"seriamente sobre las severas palabras del Evangelio: «Si la sal pier-
"de su valor para nada vale, sirviendo solamente para ser arrojada
"al camino y pisoteada por los hombres» (Mt., 5, 13).».

PAULO VI: Alocución al Capítulo General de los Salesianos del 20 de diciembre de 1971, traducción de *Ecclesia* núm. 1.579 del 12 de febrero de 1972.

Necesidad de la adoración a pesar de la urgencia de la acción.

«... no hay motivo para que los religiosos, cuya misión tan eminente-
"mente es adorar al Santísimo Sacramento, se desalienten en nuestro
"tiempo, como si se tratase —al decir de algunos— de una «devo-
"ción trasnochada» y de una pérdida de tiempo que se emplearía
"mejor en otras actividades más urgentes. Convénzanse de que la
"Iglesia necesita hoy como ayer adoradores del Divino Sacramento
"«en espíritu y en verdad» (cfr. 10, 4, 23), e igualmente pongan
"todo su afán en observar estrictamente los mandatos y preceptos
"que sobre la materia dimos en nuestra encíclica *Mysterium Fidei*
"e *Instr. sobre el Culto al Misterio Eucarístico*.»

PAULO VI: Carta al Padre Rolando Huot, Superior General de los Sacramentinos (texto latino en *L'Osservatore Romano* del 24 de enero; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.427 del sábado 8 de febrero de 1969).

La experiencia espiritual es más importante en un religioso que la experiencia de las cosas sensibles.

«¿Acaso puede concebirse un religioso que merezca tal nombre,
"entregado a las vacías y seculares comodidades de la vida que irrum-
"pen en estos tiempos, también en los cenobios? ¿O que sea dócil
"para adquirir las profanas comodidades menos plausibles, con la
"excusa de que debe conocerlo todo, o de que puede convivir con los
"hombres de estos tiempos en la práctica de su vida? ¿De qué auto-

"ridad gozará el religioso, lleno de la experiencia de las cosas sensi-
bles, pero carente de la experiencia espiritual sincera y comprobada
"con el sufrimiento de dolores?»

PAULO VI: Alocución al Capítulo General de los Hermanos Menores Capuchinos (21 de octubre de 1968; texto latino en *L'Osservatore Romano* del 21-22; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.415, sábado 9 de noviembre de 1968).

Primer deber de quienes están consagrados a actividades apostólicas: unión con Dios, vida interior y oración.

«En medio de los riesgos del excesivo activismo y de la secularización a que están expuestas, hoy más que ayer, las almas consagradas al desarrollo de actividades apostólicas ocupen siempre el primer puesto la unión con Dios, el cuidado de la vida interior, el recurso a la oración, de otra manera se dispersarían energías preciosas y se comprometería la eficacia de los programas pastorales, aunque hayan sido estudiados y elaborados muy sabiamente.»

PAULO VI: Audiencia general del miércoles, día 20, donde tuvo un saludo especial para los sacerdotes, religiosos y religiosas italianos que parten para Sudamérica (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 21 de noviembre de 1968; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.419, sábado 7 de diciembre de 1968).

Primacía de la unión interior con Dios y de la oración.

«... cuanto más agudos, más urgentes, más atrayentes y más seductores son aquellos estímulos, con los que el mundo actual invade y ocupa los ánimos y las acciones de los hombres, tanto más necesarios son quienes se defiendan de las cosas exteriores prepotentes y que les oprimen y saben referirlas a la región interior de la conciencia, de la consideración, de la oración; y quienes se preparan a unirse con Dios en el silencio de su espíritu, en que El se mueve y abre.»

PAULO VI: Alocución al Capítulo General de los Hermanos Menores Capuchinos (21 de octubre de 1968; texto latino en *L'Osservatore Romano* del 21-22; texto en castellano: *Ecclesia* número 1.415, sábado 9 de noviembre de 1968).

La primacía de la vida interior no merma el dinamismo apostólico.

«Esto significa para vosotras asegurar la primacía de la vida interior en medio de todas vuestras actividades educativas, caritativas y misioneras, sin temer jamás que por ello quede disminuido vuestro dinamismo apostólico o podáis tener impedimentos para dedicaros a fondo al servicio de las almas. Significa amar la oración, la pobreza, el espíritu de sacrificio, la Cruz. Y significa también el compromiso, totalmente particular por vuestra parte, de reproducir en vuestra vida de piedad y de apostolado los ejemplos del amor adorable y efectivo de María Santísima.»

PAULO VI: Alocución a las Hijas de María Auxiliadora (15-VII-72) (*L'Observatore Romano*, 16-VII-72; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.605 del 19 de agosto).

La oración y el hombre en la sociedad contemporánea.

«Es evidente, en efecto, que la sociedad contemporánea, por su carácter disperso y alienante, por el fascinante alboroto de su vida, constituye un ambiente en modo alguno favorable a la oración, entendida en el sentido más noble de elevación de la mente y del corazón a Dios. Pero hay más. Un obstáculo muy temible la aparta de la civilización moderna, eminentemente científica y técnica: es el sentido creciente de la independencia del hombre frente a Dios, que induce al culto de la personalidad humana y a la conquista exclusiva de los bienes terrenos. Piensan muchos que el hombre se basta a sí mismo y que la fe en la divina providencia debe ser sustituida por la conciencia, creadora y exaltadora de la capacidad humana.

«Esta no puede ser, ciertamente, la posición del hombre verdaderamente sabio ni, con mayor motivo, cristiano, porque conduce a la idolatría práctica y al ateísmo. La criatura tendrá siempre necesidad de la ayuda de Dios, incluso para construir, en la justicia y en la paz, la ciudad de este mundo: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan sus constructores» (Sal., 127, 1).

«Es Dios la primera e insustituible causa de todo ser y de todo bien. Pero, sobre todo, para la construcción de la ciudad de Dios en este mundo y para la eterna felicidad en el otro, el hombre debe sentir la necesidad absoluta e incesante del auxilio de Dios: no tenemos, en efecto, una ciudad permanente, sino que buscamos una ciudad futura (Hebr., 13, 14).

"Según esta panorámica, la oración sublime del «Padrenuestro», con la que el Divino Maestro enseñó a pedir al Padre celestial, en primer lugar, la santificación de su Nombre, la venida de su reino, el cumplimiento de su voluntad, y, en segundo lugar, los bienes de este mundo, el perdón de las culpas y la liberación del mal, se impone como un precepto y como un código de sabiduría para todos los creyentes, tanto religiosos como laicos. Sigue siendo válido para todos los cristianos el mandato evangélico de orar siempre, sin cansarse (Lc., 18; 1), no ya en el sentido de deber de hacer una oración ininterrumpida (esto sería imposible a nuestra naturaleza de caminantes en esta tierra), sino en el sentido de unión continua de amor con Dios y con el prójimo, de la cual brota el deseo y el propósito de hacer y sufrir todo para mayor gloria de Dios y para el bien espiritual propio y de los hermanos (cfr. Santo Tomás, Sum. Teol., II-II; q. 83, aa. 3, 7, 14); sin una semejante forma de oración, no es posible corresponder eficazmente a aquella vocación a la santidad que es propia de todos los cristianos.»

PAULO VI: Carta del Cardenal Secretario de Estado, en nombre del Papa, a Monseñor José Almicí, Presidente de la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales del 30 de junio de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 6-7 de julio, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.500 del 18 de julio).

Necesidad de la oración antes de la acción.

«En medio de los riesgos del excesivo activismo y de la secularización a los que hoy no escapa ni siquiera el mundo misionero, ocupen siempre el primer puesto el cuidado de la vida interior, el recurso a la oración, el amor al sacrificio y a la cruz. En caso contrario, se perdería una energía preciosa y se comprometería la eficacia de los programas, incluso de los más sabiamente elaborados.»

PAULO VI: Alocución al capítulo general de los combonianos (6 de diciembre de 1969; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 7, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.471 del 20 de diciembre).

Necesidad de la oración: "Velad y orad".

«... es necesario hoy y siempre, pero hoy más que nunca, mantener un espíritu y una práctica de oración personal, a causa de las

"presentes condiciones de nuestra existencia, tan absorbidas por la
"fascinación de la exterioridad y tan turbada por la profundidad y
"la rapidez de los cambios que se están realizando. Sin una propia,
"intima y continua vida interior de oración, de fe, de caridad, no
"podemos mantenernos cristianos, no se puede, de una manera útil
"y provechosa, participar en el brillante renacimiento litúrgico, no se
"puede eficazmente dar testimonio de aquella autenticidad cristiana
"de que tanto se habla, no se puede pensar, respirar, actuar, sufrir y
"esperar plenamente con la Iglesia viva y peregrina: es necesario orar.
"Tanto la inteligencia de las cosas y de los acontecimientos como el
"misterioso pero indispensable auxilio de la gracia disminuyen en
"nosotros y hasta tal vez llegan a faltar, por falta de oración. Pen-
"samos que muchas de las tristes crisis espirituales y morales de per-
"sonas, educadas e integradas, en diversos niveles, en el organismo
"eclesiástico se deben al debilitamiento y quizá a la falta de una re-
"gular e intensa vida de oración, sostenida hasta ayer por sabias cos-
"tumbres externas, que, una vez abandonadas, han hecho que cese la
"oración: y con ésta la fidelidad y la alegría.

"La oración vence la oscuridad y el cansancio de nuestro camino.
"No en vano el Señor nos ha dejado este binomio evangélico: «Vi-
"gilad y orad (Mat., 26, 41). Y no sólo esto. La oración, la vida de
"oración, es decir, la habitual dirección del espíritu hacia Dios, me-
"diante una conversación filial y el concentrado silencio con El con-
"duce a aquella forma de espiritualidad que está llena del don de la
"sabiduría del Espíritu Santo (cfr. Rom., 8, 14), y que podemos
"llamar, incluso en el simple fiel, vida contemplativa.» Santo Tomás,
"con su acostumbrado estilo incisivo, dice que la vida contemplativa
"constituye en cierta manera un comienzo de la bienaventuranza (II-
"II, 180, 4); se refiere al episodio de Marta y María, en el que esta
"última, absorta en el diálogo con Cristo, merece de El estas palabras
"célebres: «María ha escogido la parte mejor, que no le será arreba-
"tada» (Luc., 10, 42).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 20 de agosto (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 21 de agosto de 1969; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.455, sábado 30 de agosto).

Peligro de subestimar el ministerio sacramental litúrgico.

«La necesidad, más aún, el deber, de la misión eficaz e inserta en la realidad de la vida social puede producir otros inconvenientes, como el de subestimar el ministerio sacramental y litúrgico, como si fuera un freno y un impedimento para la evangelización directa del mundo moderno; o el otro inconveniente, hoy muy extendido, de querer hacer del sacerdote un hombre como otro cualquiera en su modo de vestir, en la profesión profana, en la asistencia a los espectáculos, en la experiencia mundana, en el compromiso social y político, en la formación de una familia propia con la renuncia al sagrado celibato. Se habla de querer de este modo integrar al sacerdote en la sociedad. ¿Es así como debe entenderse el significado de la palabra magistral de Jesús, que nos quiere en el mundo, pero no del mundo? ¿No ha llamado y escogido El a sus discípulos, a aquellos que debían extender y continuar el anuncio del reino de Dios, distinguiéndolos, más aún, separándolos del modo común de vivir, y pidiéndoles que lo dejaran todo para seguirle solamente a El? Todo el Evangelio habla de esta cualificación, de esta «especialización» de los discípulos que deberían después ser los Apóstoles. Jesús los ha separado, no sin sacrificio radical por parte de ellos, de sus ocupaciones ordinarias, de sus intereses legítimos y normales, de su asimilación al ambiente social, de sus afectos sacrosantos, y los ha querido consagrados a El, con un don completo, con un compromiso sin retorno, contando, eso sí, con su libre y espontánea respuesta, pero pidiéndoles por adelantado una total renuncia, una inmólación heroica. Escuchemos, de nuevo, el inventario de nuestras renunciadas de los labios mismos de Jesús: «Todo aquél que dejare su casa, sus hermanos o hermanas, a su padre o a su madre, a la esposa, los hijos o sus campos por mi nombre...» (Mt., 19, 29). Y los discípulos tenían conciencia de esta su personal y paradójica condición; Pedro dice: «He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido a Ti» (Ib., 27). El discípulo, el apóstol, el sacerdote, el auténtico ministro del Evangelio, ¿puede ser un hombre socialmente como los otros hombres? Pobre sí, como vosotros, hermanos, sí, de los demás; servidor de los otros, sí; víctima de los demás, sí; pero, al mismo tiempo, investido de una función altísima y especialísima: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo». Y esto es evidente si tenemos la noción de la composición orgánica del cuerpo eclesial: San Pablo no puede ser más explícito a este respecto: «El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos...; si todos fueran un solo miembro, ¿dónde

"estaría el cuerpo?, sino que muchos miembros constituyen un solo
 "cuerpo..."» (I Cor., 12, 14-21 y sigs.). La diversidad de las funcio-
 "nes es principio constitucional en la Iglesia de Dios; y esta diversi-
 "dad se refiere, en primer lugar, al sacerdocio ministerial: procure-
 "mos no perder esta específica función por un malentendido propó-
 "sito de asimilación, de «democratización», como hoy se dice, en la
 "sociedad ambiental: «Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le
 "devolverá su sabor? Ya no sirve para otra cosa, sino para ser arrojada
 "al suelo y pisoteada por la gente» (Mat., 5, 13). Son palabras del
 "Señor, las cuales deben hacer reflexionar para el necesario discerni-
 "miento en la aplicación de la fórmula recordada: estar en el mundo,
 "pero no ser del mundo. La falta de este discernimiento, del cual la
 "educación eclesiástica, la tradición ascética, el derecho canónico nos
 "han hablado tanto, puede, precisamente, producir el efecto contrario al
 "que un incauto olvido nos había hecho esperar: la eficacia, la reno-
 "vación y la modernidad. Efectivamente, de este modo puede verse
 "anulada la eficacia de la presencia y de la acción sacerdotal en el
 "mundo; la eficacia que precisamente se quería conseguir cuando
 "se reaccionaba imprudentemente contra la separación del sacerdote
 "del resto de la sociedad. Anulada, en la estima y en la confianza del
 "pueblo, por la exigencia práctica de dedicar a ocupaciones profanas
 "y a efectos humanos: tiempo, corazón, libertad, superioridad de es-
 "píritu (cfr. I Cor., 2, 15), que únicamente el ministerio sacerdotal
 "quería tener expropiadas para sí.»

PAULO VI: Discurso a los Cuaresmeros y Pá-
 rrocos de Roma (17 de febrero de 1969; texto ita-
 liano en *L'Osservatore Romano* del 17-18; texto
 en castellano: *Ecclesia* núm. 1.430, sábado 1 de
 marzo de 1969).

**Necesidad de vida interior de la Iglesia como salvaguardia
 contra la "contestación" y la corrosión interna en aras de
 una liberación, en tensión con la obediencia y en las que es
 frecuente captar la infiltración de mentalidades disidentes
 o profanas.**

«Después del Concilio la Iglesia tiene necesidad de vida interior.
 "La riqueza de las enseñanzas que ofrece a los fieles ha abierto cierta-
 "mente al pensamiento, a la cultura, a la oración una vena constante
 "de vitalidad espiritual; y ésta es la que todos debemos cultivar e in-
 "tensificar. Han prevalecido, sin embargo, dos fenómenos, si no en
 "magnitud sí en la publicidad: El fenómeno centrífugo de la vida
 "exterior, el así llamado de la línea horizontal, humanitaria, óptimo,

*"pero incompleto y reticente en la doctrina, y que tiende a agotar los
"motivos de la propia energía minimizando los de la propia espiritua-
"lidad; y el fenómeno de la contestación interna, de la inquietud
"egoísta, velada por cierto legítimo pluralismo y dirigida a la co-
"rrosión interior de la unidad eclesial en aras de una liberación en
"tensión con toda autoridad y, por tanto, con toda obediencia. No
"habrá una pretendida suficiencia carismática, que conservará una
"auténtica animación del Espíritu Santo en estas corrientes espirituales,
"en las cuales es demasiado fácil y frecuente captar la infiltración de
"mentalidades disidentes o profanas.*

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 4 de noviembre de 1972. «*L'Osservatore Romano* del 5 de febrero de 1972; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.617, del 11 de noviembre).